

mente á los ojos de los hombres, que no ven todo lo que pasa en las familias, sino tambien á los ojos del mismo Dios, que ven las menores faltas é imperfecciones de lo mas recóndito del corazon. Guardad sus mandamientos; sed piadosos y amantes de su ley, y cumplid exactamente con todas vuestras obligaciones.

---000000000000---
DIA VEINTE Y DOS.

San Demetrio, y San Flaviano mártires.

SAN DEMETRIO.

Celebra la santa Iglesia en este dia al Santo mártir Demetrio, que en el puerto de Ostia dió generosamente su vida en defensa de la religion y sostenimiento de su fé. Nada mas justo que tributar un culto religioso á aquellos que supieron sacrificarse por su religion, y edificar á la Iglesia con tan sublime ejemplo. La excelencia que con esto adquirieron, es un objeto muy propio y adecuado del culto que se les tributa; y si la fidelidad en el amor para con Dios les hizo prestarse gustosos á la gran prueba de este mismo amor, que es el martirio, la fidelidad de la palabra divina los conserva en honor, y la fidelidad de la Iglesia en sus principios mantiene el crédito de sus nombres gloriosos, la fama de su heroicidad, y el culto religioso que les ha decretado.

San Flaviano, mártir.

Flaviano descendia de una antigua familia romana de las mas ilustres del imperio, tan recomendable por su nobleza como por su excelente virtud. Para conocer en esta parte el mérito de nuestro Santo, bastará decir que fué padre de Santa Viviana y Santa Demetria, y esposo de Santa Dafrosa, y todas estas Santas siguieron el camino de la perfeccion por los saludables consejos de Flaviano. Como el buen cristiano es preciso que sea buen ciudadano estimado en la sociedad, nuestro Santo con su conducta irreprochable, sus finos modales y trato amable, se atrajo la amistad de los emperadores, y uno de éstos le confirió la prefectura de Roma, que era una dignidad de las de mas lustre en el imperio, y la desempeñó á satisfaccion de los magistrados, atrayéndose diariamente con su manejo justificado, la estimacion general de todo el pueblo. Este mis-

mo empleo, que lo hacia tratar íntimamente á muchas personas, le proporcionaba ocasiones que él nunca desperdiciaba, de ejercitar su celo en propagar la religion cristiana, y darle mas esplendor y lustre. Por otra parte, era muy caritativo, y no podia ver una necesidad sin remediarla del modo que se lo permitian las circunstancias.

Por la muerte de Constantino el grande, sucedió en el trono de Roma su hijo Constancio, que guiado por las malas inclinaciones de su esposa Eusebia, abrazó los errores de los arrianos, y protegió esta secta con desprecio del catolicismo. Mas se aumentó la persecucion con la muerte de Constante, porque Constancio entonces se hizo dueño de todo el imperio, y ya no tenia á quien respetar. Antes habia ya desterrado á muchos cristianos, y entre ellos al gran padre San Atanasio; pero despues de la muerte de su hermano, ya dió rienda á su furor, y fué horrorosa la persecucion á los ortodoxos. San Flaviano, que ya habia sido uno de los mas ilustres propagadores de la religion católica, fué tambien uno de los que primero sintieron este azote, y el que se espuso mas en esta desecha borrasca. Primero trató el emperador de convencerlo; pero nuestro Santo ya se habia convertido en un Apóstol del cristianismo, y no hacia aprecio de las promesas que le hacia Constancio. Entonces le quitaron el empleo, y se vió reducido á la mendicidad por defender la divinidad de Jesucristo.

En el año 361 murió Constancio en Cilicia, y le sucedió Juliano, por sobrenombre el Apóstata, que quiso renovar las persecuciones de los otros emperadores: en efecto, llenó de espanto y de terror á todo el imperio romano con sus sangrientos edictos, que tenían por objeto el exterminio de la religion católica. Por todas partes se sacrificaban cristianos, y por todas partes se veia la desolacion y la muerte. Unos fieles se presentaban con heroica resignacion á sufrir el martirio por defender su fé; y otros menos fuertes se escondian de la persecucion. En este desorden de cosas, libró Dios á Flaviano para que fuera útil á los cristianos, y por entonces lo libró del furor del tirano. Usaba de su libertad para consolar á los católicos, para fortalecerlos y prepararlos al martirio. Estas acciones no pudieron estar mucho tiempo ocultas, y fué denunciado Flaviano al emperador como cristiano, y entonces este funcionario de la tiranía comisionó á Aproniano, hombre cruel y de perversas

intenciones, para que lo comprometiera á abjurar su religion, valiéndose de cualquiera medio para conseguirlo.

Inmediatamente fué obedecida la órden del emperador, porque Aproniano puso preso á nuestro Santo, y lo mandó cargar de cadenas, teniéndolo en esta disposicion hasta que variara de su creencia. Allí fué examinado este hombre respetable; y con ánimo valeroso hizo una gloriosa confesion de su fé, que dejó confuso al tirano, y no pudo menos que conocer que no podia hacer vacilar su creencia. Aproniano mandó despojar á nuestro Santo, de los honores y de las insignias de su dignidad que le habian quedado por haber sido prefecto, y dispuso que lo trataran como á un esclavo. El primer tormento que sufrió Flaviano, fué el de ser marcado en la frente con un hierro hecho ascua, cuya operacion se practicaba con los facinerosos. Este suplicio, al paso que era muy doloroso, llenaba de afrenta á Flaviano; pero lo sufrió con resignacion por defender su fé.

Despues intentó Aproniano quitarle la vida; pero notó que si daba este paso, habria una sedicion en el pueblo, porque era universalmente querido de todos, y se conformó con desterrarlo á un lugar llamado *Agua del Toro*, que hoy se llama *Aqua pendente*, y dió órden á los que lo custodiaban para que le hicieran sentir los peores tratamientos. Tuvo Flaviano el pesar, al separarse de Roma, de dejar en ella á su muger y á sus tiernas hijas solas y abandonadas al furor de los perseguidores del cristianismo; pero marchó con gusto á su destierro, porque conoció que le iba á abrir el paso á la eterna felicidad. En efecto, á poco tiempo de estar en *Aqua pendente*, murió por las miserias que pasaba y por los malos tratamientos que recibia de todos. Por lo cual la Iglesia lo venera como mártir en este dia.

La Epístola es del capítulo VI de la del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: ¿Por ventura ignorais que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo hemos sido en su muerte? En efecto, en el bautismo hemos quedado sepultados con él, muriendo al pecado; á fin de que así como Jesucristo resucitó de entre los muertos por la gloria de su Padre, así tambien nosotros nos portemos con novedad de vida. Que si hemos sido injustos con él por medio de la representacion de su muerte, igualmente lo hemos de ser, repre-

sentando su resurreccion. Haciéndonos cargo que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con él, para que sea destruido en nosotros el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos mas al pecado.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: que donde yo estoy, allí estará tambien mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre la esperanza.

Considera que así como la fé consiste en creer lo que no se vé, así la esperanza debe consistir en esperar lo futuro, esto es, lo que aun no se tiene. Nada dificil es de entender esta verdad, cuando su nombre mismo está diciendo que para ser esperanza es necesario que aun no se tenga lo que se espera; pues á tenerse, ya seria posesion, y no esperanza. Pero no por eso es ocioso inculcar esta verdad; pues si bien en lo especulativo nadie pone obstáculo para entenderlo así, en lo práctico no es de esta manera, porque llega nuestra preocupacion hasta desconsolarnos por lo futuro del bien que se desea, y no se tiene de presente; y hasta formar argumento de no haberlo conseguido ya, para perder la esperanza de adquirirlo, ó tenerlo en adelante. Astucia es esta del demonio para arruinar nuestra esperanza, y de este modo desalentarnos de manera que no pongamos los medios para conseguir el bien apetecido. Luego es necesario que nos esforcemos á esperar, para que el demonio no logre su ardid; y que aunque no veamos aún indicios de que se acerca la consecucion de este bien, esperemos sin embargo, considerando que Dios es dueño de sus dones, y es dueño y Señor nuestro; por donde es que nos los ha de dar, cómo y cuando le agrade.

Considera que para tener la esperanza que hemos insinuado, nos basta el motivo ó causa formal de ella, que es el ser Dios bueno para nosotros; por donde es, que aun nuestro propio demérito no

debe ser motivo para desesperar. Si la causa de nuestra esperanza estribara en nuestro mérito, desde luego debíamos perderla; porque no hay en nosotros mérito para lograrla, sino ántes bien un demérito tal, que merecemos lo contrario de lo que esperamos. Mas como la bondad de Dios es este motivo poderoso que tenemos para esperar, basta ser Dios quien es para nosotros, para que estemos en obligacion de esperar. Bien es que para que nuestra esperanza no sea presuntuosa, temeraria y loca, debemos poner los medios indispensables para la consecucion de aquel bien; pues de otro modo no seria esperanza, sino una loca presuncion. ¿Mas qué diremos sobre esperar de Dios el que nos ayude á poner estos mismos medios, para que nuestra esperanza no sea vana? Diremos que es buena, si nos alentamos á comenzar con el auxilio que tengamos, aunque sea muy comun y muy corto; mas no si todo lo dejamos á la buena ventura, sin esforzarnos á dar los primeros pasos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Las reflexiones que acabamos de hacer, indican bastante cuáles deben ser nuestros propósitos, y cuál la peticion que hagamos al Señor. Así es que solo nos contraeremos á suplicar á las almas no se desalienten en el camino comenzado; pues aunque á los principios no conozcan una mejoría notable, deben siempre esperarla con tal de que no aflojen; y el mismo verse poniendo ya los medios convenientes, basta para que se consuelen y cobren mas aliento; porque es una prueba de que Dios las auxilia, y una prenda de los socorros mas poderosos y frecuentes que les dará en adelante.

JACULATORIA.

Yo siempre esperaré en Dios mi Salvador.

LECCION.

Sobre la paz matrimonial.

Todos los que se casan no buscan en el matrimonio mas que un estado de paz y tranquilidad; así es que el que se halla cargado de negocios, piensa casarse para encomendar á su muger los particulares de su casa y el cuidado de su persona, á la que no puede atender por impedirselos la multitud de aquellos. El hombre que pensaba mantenerse en el celibato, pero que en una enfermedad ha visto la poca ó ninguna exactitud con que le han atendido sus cria-

dos mercenarios, luego que convalece trata de buscar una compañera que en semejantes ocasiones lo auxilie: la muger que ha heredado un cuantioso caudal, no se desdeña en recibir un esposo con quien compartir sus ganancias, porque, cuide el capital como propio, y sirva de amparo á su persona: en fin, el rico y el pobre; el casto jóven y la doncella virtuosa; el debilitado por sus liviandades, y la enferma por sus ligerezas, todos, todos no emprenden el casarse sino por hallar el descanso y la paz. ¿De dónde, pues, proviene que verificado el matrimonio, á los pocos dias comiencen las inquietudes, sigan las desavenencias, y á los cuantos meses riñas y pleitos? No se origina esto sin duda por la naturaleza del contrato, pues que en él se arreglaron las conveniencias reciprocas; mucho menos puede provenir del sacramento, pues ántes bien éste da gracia á los casados para bien vivir en él; no por la comunicacion íntima y frecuente de la vida conyugal, que no solo debe conservar, sino aumentar el mútuo amor; no por su perpetuidad, pues que nadie quiere gozar por poco tiempo lo que mas le place. ¿De dónde, pues, esa fatal mutacion? ¿De dónde? De que al emprenderlo, comenzararlo y continuararlo, el capricho y las pasiones tomaron la principal parte; no se escuchó á la razon, se desatendió á la religion, y solo las pasiones dominaron y dirigieron los actos sagrados del matrimonio.

Esto es suficiente para que se vicie y descomponga el mas bien combinado enlace; pues que solicitando cada uno, ó al menos alguno de los dos, intereses rastreros ó placeres brutales, pierde su objeto único y principal, que es el de formar de dos cuerpos una sola carne; de dos almas unos mismos sentimientos; de dos individuos unos mismos deberes y derechos; de la pacífica posesion y uso no interrumpido de estos, nace aquella paz imperturbable que es la delicia del matrimonio, á la que todos aspiran, y muy pocos disfrutan. Para que si por desgracia se ha perdido, se recupere, y conseguida se perpetúe; veamos, aunque sea ligeramente, cuáles son los bienes que produce su adquisicion, cuáles los males que ocasiona su pérdida. El primero de los felices resultados de un matrimonio sin disturbios ni contiendas, es el consolidar aquella intimidad que aumenta los placeres y disminuye las penalidades. Porque efectivamente, un hombre que siendo casado se halla solo á causa de las desavenencias que tiene con su muger, no percibe mas gustos que los propios, y eso con desazon; y si siente sus pe-

sares, y sin comunicacion. ¡Cuán al contrario sucede al esposo que está en perfecta consonancia con su consorte! él goza de sus placeres personales sin zozobra, y participa de los de su compañera con alegría; siente sus males á medias, pues que tiene quien lo compadecza, quien lo consuele y disminuya su pesar.

Cuando los fariseos no contentos con el libelo de repudio, que les era permitido dar á sus mugeres por la ley de Moises, trataban de disolver el matrimonio por cualquiera causa, preguntando á Jesucristo *si por cualquier motivo era licito dejar á sus mugeres*, el divino Legislador, que no vino á derogar la ley, sino á cumplirla, les respondió: "lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre." Luego refiriéndoles su origen divino, les recuerda lo que sucedió en el Paraíso al celebrarse el primer matrimonio, y aquella cualidad de indisoluble que reconoció en él Adán desde entonces. *Por esto dejará el hombre padre y madre, y se unirá á su muger, y seran dos en una misma carne.* Dos son, pues, los esposos; pero sus sentimientos deben ser unos, una é imperturbable su conformidad, unas sus relaciones, y éstas las más íntimas y cordiales: unos sus derechos, unos sus intereses: esta comunicacion disminuye la acerbidad de las penas, la amargura de los trabajos.

Se tienen hijos, y entonces reconociendo las bendiciones del cielo, cada uno se ve reproducido, y siente renovarse en su alma aquellos dulces sentimientos de su amor y su ternura para con el otro. Los trabajos de la lactancia, las atenciones de la niñez, y los cuidados de la juventud, son otros tantos vínculos que estrechan mas y mas á los padres entre sí. La severidad del uno y ternura de la otra, forman sus resoluciones; el amor sobrelleva las dificultades, la paz las dulcifica, y la prudencia dictamina y practica sus acuerdos. Este es el resultado de aquella union tan recomendada en la Escritura, ya en el varon justo que pinta David, ya en la muger fuerte que describe Salomon. ¡Qué situacion tan feliz! ¡Habrán adversidad que la pueda contrariar? ¡Qué armonía en el obrar! ¡Habrán disension que la pueda destruir?

El hombre, cansado con el peso de sus atenciones y trabajos, al volver á su casa encuentra el descanso de los brazos en su tierna esposa, y ésta, fatigada con los cuidados domésticos, encuentra su consuelo en la vista de aquel. Vengan las enfermedades; acumúlense los trabajos; la mútua consideracion y socorro que se prestan los esposos, disminuyen en gran parte su molestia: todo será tran-

quilidad; todo contento; ni lo adverso ni lo favorable es capaz de perturbar la paz que los une. A éstos es á quienes felicita David, representándose los en su posteridad, rodeados de un lozano verdor, como los renuevos de la oliva. A éstos es á quienes simboliza la esposa de los Cantares, cuyo amor y fidelidad no pudieron debilitar ni los abrasados soles del medio dia, ni las heladas escarchas de la noche; y esto es en suma lo que viene á ser el matrimonio donde reina una paz perpetua.

Pero falta esta, y ¡qué es lo que sucede? Qué al punto se desconcierta esa agradable armonía, al momento desaparece toda esa alhagüena perspectiva: las pasiones ocupan el lugar de la razon; el capricho el de la prudencia; todo se desorganiza: el sagrado plan de la institucion del matrimonio viene abajo; un nublado de males descarga sobre los infelices desposados; ya no es el amor puro é inocente quien los une, sino el furor de una pasion quien los divide; el cariño desaparece; la ternura desagrada y se contradice; el marido no encuentra en la muger el objeto encantador que lo hechizaba, ni ésta reconoce en aquel las prendas agradables que la seducian; el tedio con que se ven, pronostica una fatal separacion; comenzaron las discordias, seguirán sin duda las contiendas; á éstas los escándalos, y por último los odios y venganzas. Al amor sustituyó el rencor; ya no son esposos tiernos que se idolatran, sino enemigos crueles que se devoran. A vista de lo expuesto, ¡quién puede dudar que la paz sea de tan suma importancia en el matrimonio, que no haya sacrificio que no se deba hacer por conservarla?



DIA VEINTE Y TRES.

Santa Victoria, vírgen y mártir.

Tívoli, ciudad situada sobre el Teverona, fué el lugar del nacimiento de Victoria. Vino al mundo á principios del siglo III, y sus padres que eran nobles, opulentos y de suma virtud, la educaron conforme á sus riquezas y al lustre de su cuna; pero pusieron aun mas cuidado en instruirla en la religion católica, que habian recibido en herencia desde sus mas antiguos ascendientes. Victoria llegó á ser en poco tiempo las delicias de sus amados padres, porque á su estremada docilidad, añadía un talento fino, una suma prudencia y un carácter amable. La naturaleza tambien por su